

* *Documento de reflexión,
no derivado de investigación*

**Cultivar para aprender a vivir: el desafío
de la educación en nuestro tiempo¹**
*Cultivate to learn to live: The challenge
faced by education today*

Alvaro César Velasco Alvarez²

Resumen

A partir de la comprensión —que parece olvidarse— del Territorio Ancestral como una red orgánica de procesos de producción y reproducción de una forma de vida y de cultura, que configura una unidad autónoma y perfectamente diferenciada que se renueva, se generan unas reflexiones, desde las experiencias vividas con algunas comunidades indígenas de la Amazonía. ¿Cómo retomar los antiguos saberes de los mayores que hablaban sobre el contacto con la madre tierra y con todos los seres que nos rodean? La educación se daba en las distintas relaciones que se tenían con la naturaleza, con la selva. Parece necesario volver a la práctica de esos saberes en los procesos educativos de las comunidades indígenas, como son cultivar la chagra, cuidar las quebradas y los ríos, hablar con los seres que nos rodean. Se debe desandar lo andado para volver a hilar nuevas formas de ser y de vivir con el territorio.

Palabras clave: chagra, cultivar, educación, hilar, territorio.

-
1. **Fecha de recepción:** mayo 15 - 2017. **Fecha de revisión:** junio 3 - 2017. **Fecha de aceptación:** junio 25 - 2017.
 2. Doctorado en Educación de la Universidad de La Salle.
Correo electrónico: alcevelas13@gmail.com

Abstract

Based on the understanding —which seems to be forgotten— of the Ancestral Territory as an organic network of processes of production and reproduction of a way of life and culture, which forms an autonomous and perfectly differentiated unit that is renewed, reflections are generated from the experiences lived by different indigenous communities of the Amazon. How do we return to the ancient knowledge of our elders who talked about contact with Mother Earth and all the beings that surround us? Education was shared in different relationships with nature, with the jungle. It seems necessary to return to the practice of this knowledge in the educational processes of the indigenous communities, such as cultivating the chagra, taking care of the streams and rivers, talking with the beings that surround us. We must retrace our steps to re-spin new ways of being and living with the territory.

Keywords: chagra, cultivate, education, spin, territory.

Prefacio

Retornar a mi tierra y compartir con todos ustedes significa volver a participar de una fecunda y grata experiencia que comenzó en los años 70, aquí, en los Andes del sur de Colombia, cuando, al formar parte del colectivo de los “Solidarios”, pude participar, aprender y ser testigo del renacimiento de los pueblos indígenas del suroccidente colombiano, acontecimiento muy importante, para la región, para la Universidad de Nariño y, años más tarde, para toda Colombia, porque la voz del Movimiento de Autoridades Indígenas del Sur-Occidente tuvo gran resonancia en la mente colectiva de la nación, para abrirle camino al reconocimiento constitucional de la diversidad cultural y natural del país.

En aquel tiempo y a medida que el resurgimiento de los pueblos indígenas del sur-occidente avanzaba, pudimos sentir, reconocer y luchar pacíficamente por conocer y reconocer la diversidad natural y cultural de nuestra tierra; empezamos a valorar la sabiduría ancestral de las culturas surgidas en las entrañas de los Andes y, de ese modo, empezamos a participar, por fin, del verdadero y profundo descubrimiento de América.

Antes de salir al encuentro de la realidad circundante, enclaustrados en la Universidad, no sabíamos qué tierra pisábamos, ignorantes de aspectos fundamentales de la tierra donde habíamos nacido. Por fortuna, fuimos

aprendiendo a medida que, con la recuperación de la tierra, emergía viva y renovada la memoria ancestral de esta comarca. Sin embargo, en mi sentir, hoy, lo aprendido en los años del renacimiento parece haberse olvidado y, de nuevo, la ignorancia de lo fundamental ha vuelto a reinar entre nosotros.

En aquella época todo surgió con el impulso del Movimiento campesino, que paradójicamente emergió por iniciativa del gobierno, empeñado en modernizar el campo; es decir, con el propósito de liquidar las culturas campesinas, pero pronto esa iniciativa se convirtió en el comienzo de un formidable Movimiento agrario en todo el país, liderado por la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) bajo la consigna: “La tierra para quien la trabaja”, movimiento que caló profundamente entre las comunidades campesinas indígenas del suroccidente colombiano. Ahora, es urgente, por el difícil momento en que nos encontramos, volver a poner en movimiento la memoria de esa época, para reflexionar acerca de la Educación que hoy necesitamos para renacer de nuevo y aprender a cultivar, proteger y defender la vida.

Los Solidarios aprendimos al conversar de forma amistosa y cotidiana en torno del fogón, en aquellas modestas, pero acogedoras, viviendas campesinas, en el compartir del alimento y la palabra; así fue como fortalecimos la confianza, la amistad y se forjó una relación cálida y cordial, que originó la solidaridad de doble vía, relación vivencial que surgió al darnos cuenta que podíamos aprender los unos de los otros, al ser diferentes, pero tratarnos como iguales; así pudimos reconocernos y, con voluntad y apoyo mutuo, proclamar nuestros derechos. El camino de la solidaridad en la recuperación de la tierra se convirtió en recuperación de saberes y memorias ancestrales, recuperación que nos llevó a comprender el profundo significado ancestral del Territorio.

Evoco ahora esa experiencia por el profundo sentido pedagógico que tiene hoy poder afirmar lo aprendido en esa época, para decir que el Territorio Ancestral tiene memoria de ser viviente, memoria de la Madre Tierra, Memoria vital que, si la olvidamos, nos debilita, nos fragmenta y nos degrada; que se agota cuando se imponen relaciones de dominación y de explotación de la tierra que disuelven el territorio común-unitario para provocar el desconocimiento del otro, del hermano de sangre y cultura, de los otros humanos y no humanos y, por tanto, disuelven los lazos de convivencia, de reconoci-

miento mutuo y de solidaridad, sin los cuales no puede darse el renacimiento de la cultura, para emprender la re-creación de la territorialidad ancestral.

Así, la educación en las comunidades indígenas, hoy más que nunca, parte de comprender el significado del Territorio Ancestral como fuente del conocimiento necesario para ser, permanecer y vivir participando, como indígenas, de la vida de la Madre Tierra. Esa educación empieza por lograr que las comunidades educativas comprendan, exploren y reconozcan el territorio como el tejido que relaciona orgánicamente el cielo con la tierra, para garantizar la vida y la permanencia de la común-unidad de un pueblo y como la expresión viva de un saber que se manifiesta en las diversas prácticas sociales que se realizan para satisfacer las necesidades humanas; es decir, un territorio que vive y se expresa en la organización comunitaria de la vida y siempre estará en movimiento en procura de evolucionar y re-crearse, con adaptación a las cambiantes condiciones históricas del entorno circundante, porque es realidad viva, mental, espiritual y material, tal como lo ha expresado bien Dúmer [Mamián], nuestro amigo y compañero solidario, al decir: “más que un espacio físico, el territorio se concibe y se vive como un ser-acontecimiento cultural; es decir, como un dechado condensado de memoria en movimiento” (Mamián, 2013, p. 5).

El Territorio Ancestral se organiza como una red orgánica de procesos de producción y reproducción de una forma de vida y de cultura, red que configura una unidad autónoma y perfectamente diferenciada, que se renueva mediante la re-creación autónoma y permanente de la red orgánica que la originó y pudo, en el curso de esa dinámica, rechazar en su devenir histórico los elementos que resultasen extraños o no compatibles con su presente y, a la vez, incorporar los elementos nuevos que identificara como benéficos.

En contraste con lo anterior, y como ejemplo de las relaciones de explotación de la tierra, se observa el monocultivo que hoy se ha generalizado en territorios indígenas y lleva al abandono y olvido de la memoria y la cultura ancestral del territorio, para convertirse en una forma de cultivo que explota y degrada la tierra y la cultura raizal. La presencia expandida del monocultivo es un irrefutable indicador que pone de manifiesto hasta dónde está llegando el olvido de lo propio y, con ello, el ocaso de los pueblos indígenas. Esa forma de cultivo, por duro que fuese reconocerlo, es, hoy, la expresión material de

un proceso que está llevando a los territorios y las culturas ancestrales hacia su lenta muerte. La razón es simple: el monocultivo genera dependencia a todo nivel (cultural, económico, político) y degrada la naturaleza, fuente primordial de la ancestral cultura comunitaria de solidaridad y convivencia; además, propicia la contaminación de los elementos vitales, el agua y la tierra, y provoca la extinción de las variadas especies que le dan vida y fecundidad al territorio.

No digo esto como un reproche; lo hago, más bien, para llamar la atención y propiciar una reflexión pedagógica. Claro está, no se puede decir hoy que la solución fuera volver a vivir como lo hacían los antepasados; eso es imposible, pero lo que sí es posible y, a la vez, urgente, es satisfacer la necesidad vital que tenemos de construir caminos que nos llevarán a recrear y recomponer las relaciones con la naturaleza, si aspiramos a que la vida humana continúe existiendo en la Tierra; y es una tarea que los pueblos indígenas pueden emprender con base en la sabiduría ancestral, que ofrece las claves para re-crear maneras de vivir y participar del intercambio orgánico con la naturaleza y el universo.

Esa sabiduría se puede recuperar al comenzar por laborar en pequeña escala, aprendiendo, con las niñas y los niños, a cultivar la vida en la chagra y comprender que la vida se reproduce debido a la relación de las semillas con la tierra, con el aire, con el agua, con el sol y las estrellas; cultivar como lo hacían los antepasados para aprender y, de ese modo, paulatina y discretamente sin generar conflictos; estoy seguro que los pueblos indígenas pueden comenzar a renacer fuertes y renovados, encarnados en sus niñas y sus niños.

Lo mejor sería que en cada escuela hubiera una chagra como el espacio clave del aprendizaje vivencial del arte de cultivar la vida y relacionar cabeza, manos y corazón para renacer como hijos de la Madre Tierra. La chagra, como fuente de sabiduría ancestral, permite comprender la vida como totalidad y conectar a los niños con el universo. Este es un proceso de aprendizaje vivo que transforma la mente, el cuerpo y el espíritu de quienes lo asumen con el corazón; de ese modo, los humanos, como seres vivos, podemos volver a participar en la recreación del tejido de la vida. John Wheeler, reconocido físico cuántico, amigo de Einstein, respecto de la importancia de participar del universo, dijo:

Más allá de las partículas, de los campos de fuerza, de la geometría, del espacio y del tiempo, hay un último elemento constitutivo de todo ello, un acto sutil: el que realiza el sujeto que participa y comparte su existencia con el mundo, porque habitamos un universo de participación (...) No es únicamente que el ser humano esté instalado en el universo, también el universo está instalado en cada ser humano (Como se cita en Barrow y Tipler, 1986).

La chagra puede propiciar en los niños la experiencia vivencial que les hiciera sentir que “el universo está instalado en cada uno de ellos”, reconocimiento básico para propiciar su celebración periódica, al llevarlos a que festejasen la vida que cultivan y se alimenten en días especiales del calendario solar o lunar, con los frutos que ellos, la tierra, el agua, el aire, el sol, la luna y las estrellas cultivaron.

Hacer de la chagra un laboratorio conectado a los lugares sagrados amplía la mirada sobre el territorio y el universo, con lo cual se recupera en la práctica la cosmogonía ancestral, que permite recrear la relación vital con la dinámica de rotación del universo, experiencia que será fundamental para aprender a manejar y cuidar la territorialidad mediante procesos que las nuevas generaciones, conectadas con la Tierra, a través de todo lo aprendido, sabrán hacer y liderar con imaginación y creatividad.

En mi sentir, y no obstante que hoy la población indígena no puede vivir de la chagra, lo importante es fortalecer la voluntad de renacer al hacer de la chagra el espacio donde de nuevo germinara la sabiduría ancestral en niños, maestros y mayores, para que, con mente renovada y elevado el espíritu, se pudiera impulsar un nuevo renacimiento. La chagra podría pasar a ser el espacio en el que se realizaran las prácticas rituales de iniciación de las generaciones de indígenas del nuevo tiempo, capaces de mostrarle al mundo cómo se pueden crear territorios vivos, para vivir en paz, como verdaderos hijos de la Tierra.

Lo que estoy diciendo sobre la mágica relación de chagreras y chagreros con las plantas y el universo, nos lo reveló don Juan Chiles durante el proceso de resurgimiento en la década de los años 70. Lo hizo a través de uno de los ancianos que, con emoción y entrega, participaba del proceso de renacimiento, consejo sobre la necesidad de aprender a vivir, expresado con solo tres

hermosas palabras *Labrar a cordel*, para lograr que se volviera a comprender que la labranza de la tierra debe hacerse de corazón (las palabras cordel, cordialidad, cordura tienen el mismo origen que la palabra corazón).

Recuerdo que, al conversar acerca del consejo contenido en esas tres palabras, los mayores recordaron que, tradicionalmente y por mucho tiempo, la chagra se cultivaba por quienes habían aprendido a reconocer los cordeles invisibles que tejen, entre la tierra, el sol, la luna, el agua y las estrellas, la vida en el cultivo, en un manejo que se hacía de acuerdo a los distintos períodos marcados en los calendarios tradicionales. Todo lo que nace y se mueve en la Tierra, todos los seres vivos que la habitamos tenemos una conexión con el cosmos que participa del ciclo de reproducción de todas las especies; así como lo hace al propiciar la germinación de las semillas en la chagra, también el cosmos regula el ciclo del agua, la renovación del aire y de la energía que necesitamos todos los seres vivos.

Siempre será posible recuperar la fecundidad de la tierra, de la cultura, de la mente y del conocimiento ancestral; lo único que se requiere es voluntad para disponerse a aprender haciendo; es decir, cuidando y descifrando el Territorio Ancestral como el espacio privilegiado de los procesos y las relaciones que permiten comprender la vida y la sabiduría ancestral. Vivir y compartir ese gran espacio con niños, mayores, maestros y sabedores solidarios, al efectuar exploraciones cuidadosas de reconocimiento de las fuentes de la vida, podría llevar, por ejemplo, a que maestros, niñas y niños, en cada escuela, adoptasen una quebrada para cuidarla y aprender de ella al recorrerla desde su nacimiento en los páramos, que siempre fueron sagrados para los antepasados, y poco a poco reconocer las maravillosas formas de vida que viven en cada micro-cuenca.

William Ospina (2014), poeta y escritor colombiano que ha escrito bastante en relación con el papel y la responsabilidad de los docentes, en el difícil tiempo en que nos ha tocado vivir, resume poéticamente el camino del saber aprender de la naturaleza; dice:

si quieres saber lo que eres, tendrás que preguntárselo a las piedras y al agua (...) Porque no hay río que no sea tu sangre, no hay selva que no esté en tus entrañas, no hay viento que no sea secretamente tu voz y no hay estrellas que no sean misteriosamente tus ojos (p. 362).

El poema sugiere que, para comprender la diversidad cultural y natural que mora en los ancestrales territorios, es necesario aprender a preguntar y conversar con la naturaleza para, con su sabiduría, amasar entre todos los pensamientos vivos de cada uno y fortalecer la solidaridad y la amistad. Además, la conversación teje, con la palabra y la experiencia de cada persona, formas frescas y creativas para comprender mejor la cambiante realidad.

Para profundizar en la reflexión sobre el arte de conversar, recuerdo una experiencia de conversación, que participó un grupo de ancianos indígenas sabedores de la Amazonía, esa inmensa región que se articula como territorio vivo en torno del poderoso río Amazonas, para prodigarnos buena parte del aire y del agua que necesitamos para vivir. Esa inolvidable y fecunda conversación, de la que pude ser testigo y participar en silencio, tuvo lugar en la meseta de Araracuara, que se levanta sobre el profundo cañón que ha construido el río Caquetá antes de entrar a los lugares más recónditos de la selva. El poderoso cañón protege el Territorio Ancestral de los pueblos originarios de la selva al restringir severamente la navegación; solo los nativos saben cómo aventurarse a navegar por el estrecho y caudaloso cañón en pequeñas embarcaciones. Los pueblos amazónicos lo consideran como la Puerta Sagrada de entrada al Territorio Amazónico Ancestral, puerta por donde pasa y se nutre el pensamiento y la palabra de los chamanes, que invocan su energía protectora en los rituales de curación.

La conversación se dio, al ser anfitriones las comunidades Uitoto y Muinane, asentadas en la meseta, en el marco de una reunión convocada con el propósito de oír la palabra de consejo de los mayores sabedores, para comprender mejor el significado y el sentido que debía y debe tener el educar en el contexto amazónico. Conviene agregar que los mayores de esa región conversan mambeando, es decir, invocando el poder de la coca (mambe) y el tabaco (ambil).

Todo empezó con una pausa obligada de silencio, a la espera de que cada uno de los ancianos acomodara el ambil y el mambe en la boca. Y, luego de un largo silencio, uno de los ancianos tomó la palabra para decir que, para él, educar era AVISAR, porque eso, —dijo—, es lo más importante, tanto para la gente que llega como para la gente que nace en la Amazonia; visitantes y recién nacidos no saben cómo es el mundo al que han llegado y se les debe

avisar, porque no saben cómo es esta tierra nuestra, ni cómo somos nosotros; avisarles, para que no se pierdan, respeten nuestra tierra, no hagan daño y aprendan.

Luego de otra pausa de silencio, otro de los ancianos intervino para decir que avisar estaba bien, pero que era indispensable, también, avizorar, aprender a mirar a lo lejos; con la gente que llega y con la gente que nace, se debe avizorar, como quien se para en la punta de los pies para tratar de mirar por donde vamos a caminar mañana nosotros y nuestros hijos.

Reinó el silencio por un momento, como para que lo dicho pudiera asimilarse. Luego, intervino otro de los mayores y dijo que si bien avisar y avizorar era necesario, ante todo había que aprender a cuidar del que nace, para que aprenda a cuidarse y pueda comprender a qué mundo pertenece y del que llega, porque los recién llegados son gente delicada y un poco necia y se los debe cuidar para que aprendan y ayuden a cuidar.

Finalmente, siempre después de la pausa de silencio, otro de los ancianos dijo: “De acuerdo, pero todo el que cuida, si lo hace bien, tiene que aprender a curar, porque, tanto el que llega como el que nace, como no saben qué tierra pisan, pueden enfermar; el que no sabe es como el que no ve: se equivoca y enferma”. Largo silencio...

El ritual no paró ahí; los ancianos anunciaron que estaban de acuerdo en que la palabra amasada esa noche era muy útil y, por lo tanto, había que guardarla en un canasto, conforme lo indica su tradición. Y, diciendo y haciendo, de inmediato se agruparon y empezaron virtualmente a tejerlo, haciendo un estrecho círculo en el centro (quienes participábamos, sorprendidos, esperamos en completo silencio); del círculo salía un chasquido, como si algo se estuviera entrelazando. Y, al poco rato, dando un paso atrás, dijeron: “El canasto está listo”. No había materialmente nada, pero era tan convincente lo que hacían que, puedo decir que, de alguna manera, allí estaba el canasto virtual, se sentía.

Luego, uno de los ancianos dijo: “Ahora necesitamos invocar a nuestros ancestros; tenemos que cubrir el canasto por dentro, para asegurar que la palabra y el pensamiento que se han pronunciado esta noche, no se los lleve el viento y queden bien guardados, en el canasto y en nuestra memoria”. Acor-

daron, entonces, proteger internamente el canasto con una historia mítica de origen, que cuenta cómo el padre de los Uitoto, hijo del padre creador, le contó por primera vez a su primogénito Monaira Jitoma los secretos ancestrales sobre el origen de la humanidad, consejos sin los cuales la gente no sabe y no puede con la selva compartir y vivir.

De ese modo, al invocar el origen de la gente amazónica, el canasto quedó cubierto por dentro, listo para recibir y guardar las palabras de los ancianos. Cada uno de ellos, en voz alta fue poniendo su palabra para acomodarla en el canasto: avisar..., avizorar..., cuidar..., curar y, terminada esa faena, volvieron a cerrar el círculo alrededor del canasto. Escuchamos, entonces, un sonido similar al que se produce cuando se hace fuerza para dejar algo bien atado y cerrado. Luego, volvieron a dar un paso atrás, para sentarse y conversar, ahora sobre el lugar donde habrían de colocar el fantástico canasto y, si recuerdo bien, optaron por ponerlo a refrescar en las aguas mansas y cristalinas de una quebrada, cuyo nombre ahora se me escapa. Toda una obra de arte había culminado tejiendo palabras y pensamientos, para decir todo lo que significa educar en la selva amazónica.

De ese modo la palabra de consejo de los ancianos, cerrado el canasto y ubicado en el lugar acordado, quedó guardada para siempre en la memoria de quienes participamos y disponible para quienes la necesiten en la quebrada donde el canasto la mantiene fresca y al amparo del olvido.

En mi opinión, Avisar, Avizorar, Cuidar y Curar configuran una poderosa urdimbre para tejer reflexiones sobre los procesos de aprendizaje vinculados con el reconocimiento del territorio, la naturaleza y los lugares sagrados, que garantizan la permanencia de pueblos, territorios y culturas indígenas. Palabras que son verbos; es decir, no se invocan para decirlas y repetirlas, sino para actuar y hacer lo pertinente en procura de recuperar la sabiduría ancestral indispensable para el cuidado de la vida.

La crisis ambiental que padece el mundo es producto de esa despiadada explotación de la Madre Tierra. Ya casi a nadie le importa avizorar, cuidar o curar nuestra relación con la Madre Tierra. Los propietarios creen que, por serlo, tienen todo el derecho a explotarla sin medida. Y no solo lo hacen las grandes empresas multinacionales; lo más triste es que, directa o indirectamente, también nosotros lo hacemos. Esta es una verdad que, con coraje,

tendremos que asumir con la generación de procesos de aprendizaje que nos lleven a recuperar el sentido de comunidad, que relaciona gente, territorio y vida.

La conversación con los mayores sabedores, si se realiza con respeto y conforme a sus ritos y tradiciones, revela verdades fundamentales para la vida, con las que se tejieron los territorios vivos, construidos por la sabiduría ancestral; territorios cimentados en lugares sagrados, páramos, humedales, lagunas, cañadas, etc., que cumplen funciones indispensables para la vida. Verdades que, también, se aplican en la chagra, ya que un territorio ancestral es como una gran chagra, que congrega orgánicamente fauna, flora y comunidades para cuidar y reproducir la vida mediante relaciones de intercambio en reciprocidad. Cultivar es realizar un intercambio de energía vital en reciprocidad, no solo con la naturaleza, sino con las distintas comunidades que forman un pueblo. Las mingas, fiestas, celebraciones comunitarias son expresión de esa forma solidaria de intercambiar para habitar un territorio y compartir dones, saberes, penas y alegrías, para aprender a vivir la común-unidad.

Conversar y caminar juntos los mayores, niños y maestros permite fortalecer la solidaridad, que es fundamental en los procesos de aprendizaje para la vida. Aprender, caminar y contar historias sobre el territorio favorece a los niños que, con la potente imaginación que tienen unida, no juzgan ni discriminan, cualidad que los adultos hemos perdido; realmente, investigan y aprenden más que los mayores. A nosotros nos toca aprender a acompañarlos, por ejemplo, a ver cómo germina la semilla que se siembra, cómo va creciendo, y a observar todo lo que le pasa antes de dar fruto; seguro que muchas cosas maravillosas van a alimentar su mente y sus sentimientos. Quien acompaña aporta su experiencia y conocimiento, pero no impone; participa y, también, aprende. Ahora, y como ningún proceso puede escapar de la incertidumbre, con los chicos, además, se puede aprender a enfrentar esos momentos difíciles; todo cultivo puede verse afectado por una plaga, por una helada, una sequía o una tormenta y el reto es el estar preparados para avizorar, ser creativos y solidarios para siempre estar dispuestos a aprender solucionando los problemas que siempre existirán.

Para complementar esto, traeré a colación un relato que recoge y amplía, en cierto modo, lo que quiero compartir. Para situar la historia, debo

decir que, después de haber participado, durante veinte años, como solidario del Movimiento de Autoridades Indígenas del Sur-Occidente, hasta acompañar a su vocero, don Lorenzo Muelas, en la Constituyente, algunos amigos me invitaron a asistir a procesos de resurgimiento de pueblos indígenas de la Amazonía; afortunadamente, he permanecido en contacto con esa experiencia desde ese tiempo. Se trata, en mi sentir, de una valiosa experiencia de aprendizaje ocurrida en el recóndito territorio ancestral del pueblo Tuyucabora, que habita en la cuenca del Río Tiquié, en la frontera con el Brasil, en el Departamento del Vaupés.

Me habían invitado a participar de un taller, con el propósito de fortalecer la Asociación de Autoridades Tradicionales Indígenas y comprender mejor su origen y su utilidad, deseo que compartían tanto los mayores como los jóvenes, aunque por diferentes razones: los jóvenes, para entender mejor la función y sus alcances; para los ancianos tradicionales, en cambio, era fundamental comprender el origen, ya que, según ellos, reconocer y comprender el origen de las cosas les permite saber si se trata de algo benéfico o no. Si una persona reconoce y comprende su origen, dicen, podrá cumplir y ser consecuente con lo que vino y le toca hacer en la vida.

Afortunadamente, conocía el origen de las Asociaciones de Autoridades Tradicionales, que no se refiere principalmente a la Constitución y la ley; como solidario, sabía que el origen del derecho a formar Asociaciones de Autoridades Indígenas Tradicionales se remonta a la Historia de los pueblos indígenas del sur-occidente colombiano y, concretamente, al origen del Derecho Mayor, surgido de la relación orgánica de la tierra con la comunidad, derecho se proclamó solemnemente en el Territorio Indígena Misak, por los pueblos del sur y sus Autoridades Tradicionales. Relaté cómo se difundió y reconoció por amplios sectores de la sociedad colombiana y del gobierno de la época, cuando aceptó que los Resguardos recuperados por los indígenas habían dejado de ser tierra sometida por extraños con el propósito de reducir a los indios a la vida civilizada, para reconocer que, como lo reclamaban los pueblos indígenas, eran parte de sus territorios ancestrales y que, en adelante, los gobernarían sus Cabildos para que, con autonomía, pudieran reconstruir su vida y su cultura. Les informé además que, debido a ese reconocimiento alcanzado por el Movimiento de Autoridades del Sur-Occidente, se crearon los grandes Resguardos Amazónicos, años antes de entrar en vigencia la nue-

va Constitución, derecho que la Asamblea Constituyente refrendó en el texto de la Constitución del 91.

Compartí, también, con los mayores y los jóvenes Tuyuca-bora, del Río Tiquié, las enseñanzas de Don Juan Chiles que habían inspirado el Derecho Mayor; de esa forma cordial, fueron quedando en claro la fuente y el origen de las Asociaciones de Autoridades Tradicionales Indígenas. Para los mayores, fue muy importante comprender que el reconocimiento del derecho de los pueblos indígenas no fue obra del gobierno ni de algún destacado jurista, sino fue la obra del Movimiento de Autoridades Indígenas del Sur-Occidente, que supo recoger el legado de sus ancestros y lograr que la sociedad colombiana pudiera solidariamente comprender el valor de las culturas indígenas, de sus territorios y de sus Autoridades tradicionales, para que se reconociera su Derecho.

Los mayores agradecieron con emoción el haber conocido esa historia, que les aclaraba muchas de las cosas que desde la creación de los Resguardos Amazónicos venían sucediendo; se retiraron diciendo que me dejaban trabajando con los jóvenes. Hicimos muchas cosas con ellos. En el curso del taller, la conversación fluyó animadamente dibujando mapas para recoger la memoria ancestral de su territorio. Recuerdo que alguna de las jóvenes mujeres que participaron dijo que dibujar los mapas ancestrales había sido como tejer un gran canasto para guardar la memoria y el conocimiento de su pueblo.

En la noche del primer día, los mayores, que conversaban en la Maloca, me llamaron. Supe, luego de escuchar fascinado por la forma en que transcurría esa animada conversación, aunque era muy poco lo que entendía, el motivo de su llamado; cuando notaron mi presencia y hablaron en español, me dijeron que deseaban compartir conmigo una gran preocupación. Y, a continuación, dijeron algo que me desconcertó: “Nos preocupa lo difícil que resulta en estos tiempos transmitir pensamiento tradicional a las nuevas generaciones”.

Al oírlos quedé aturdido; no podía comprender, porque yo acababa de estar trabajando con los jóvenes y, de acuerdo a mi forma de ver, pensaba que sabían mucho; habían interpretado sus mitos y leyendas relacionándolas con su territorio; cualquiera hubiera dicho que estos muchachos realmente conocían su historia, mostrando con ello que la memoria ancestral los man-

tiene muy ligados a su tierra. Sin embargo, los mayores no pensaban así y yo no podía entender. Les pedí que, por favor, me explicaran y, al hacerlo, dijeron algo que me sorprendió todavía más. Dijeron: “Es muy difícil transmitir el pensamiento tradicional a los muchachos de hoy, porque no saben comer”. Y agregaron: “En el internado donde estudian y aprenden a leer y a escribir, a ellos los alimentan con arroz, frijol, atún, y no es que esos alimentos sean malos, solo que se alimentan con cosas que no son de aquí; lo de aquí ya no lo comen y, para comprender y vivir con la selva, se debe comer lo que la selva nos da, porque saber intercambiar alimentos con la selva es la base del pensamiento tradicional, que nos permite vivir con ella. La selva nos da todo lo que necesitamos, pero, así como ella nos da, nosotros, también, tenemos que ofrecerle lo que necesita, tenemos que cuidarla para que ella nos cuide y darle las ofrendas que son el alimento de los seres que la habitan”. Y, de inmediato, pregunté: ¿Qué clase de alimento es el que ella necesita? Y me contestaron: “Los seres de la selva necesitan sal, y hay como 64 clases de sales que la selva necesita para ellos. Toda forma de vida necesita sal. Los chigüiros, por ejemplo, necesitan la sal de ellos, que es una maravilla, y si usted quiere intercambiar con ellos debe ofrendarles su sal; esos animales son generosos y agradecen tanto”. Yo, asombrado, comenzaba a entender, maravillado.

Y, para terminar de explicarme, me contaron la historia de cómo un cazador tradicional tendría que prepararse antes de salir de cacería. “Un buen cazador tradicional,” —me contaron—, “lo primero que tiene que hacer es dieta”, y vuelvo a preguntar: ¿por qué tendrá que hacer dieta? Y me dicen: “Porque, para entrar a lo profundo de la selva, el cazador no puede perturbar a la selva con los olores que emanan de su cuerpo. Todo olor del cuerpo del cazador debe ser del agrado de la selva, no puede ser dañino o agresivo”. Comprendí, entonces, que la selva, como lo hace nuestro cuerpo, se cuida activando su sistema inmunológico, para evitar que los elementos externos que ingresan le causen enfermedad o daño. La selva, también, procesa la información de los olores que exhala el cazador y, si no detecta amenaza, lo acoge y lo protege.

“Además de la dieta,” —agregaron—, “el cazador tiene que preparar una ofrenda: si va por cacería de carne de chigüiro, por ejemplo, tendrá que preparar la sal de ese animal y, mientras la hace, como parte de la ofrenda debe preparar también un canto y una danza”. Esto me iba pareciendo fantás-

tico. “Si todo esto está listo, —continuaron diciendo—, entonces, el cazador puede adentrarse en la selva y, si todo está en orden, la selva lo recibe con los brazos abiertos y el cazador puede avanzar, buscando el lugar adecuado para poner la ofrenda; luego de hacerlo, espera a los animales, para los que ha traído la ofrenda y, en alerta, para que, cuando la manada de chigüiros llegue a recoger la ofrenda, pueda el cazador acompañar con la danza y el canto que había preparado a los animales que, gustosos, celebran y se regocijan en medio de una verdadera fiesta de chigüiros. La manada, terminado el festejo, —me dicen los mayores—, dejará, en reciprocidad, para el cazador uno o dos de los miembros de la manada, sin que el cazador haga cosa distinta a agradecer y recoger la presa. Los animales saben que los humanos necesitan su carne para alimentarse, así como los chigüiros necesitan su sal. Esa es la verdadera ley del cazador: acompaña con la danza y el canto que les había preparado y así se cumple la ley de la selva: intercambiar alimentos para vivir”. Los muchachos no saben comer para vivir del intercambio en reciprocidad con la selva, ya no cumplen ni saben cumplir con esa ley fundamental y, por eso, los mayores piensan que es muy difícil que puedan aprender el conocimiento tradicional para compartir alimento y vida con la selva.

Pero algo más ocurrió, terminada de contar la historia del cazador; pasó que, luego de haberles dado las gracias por compartir conmigo su preocupación y su conocimiento, uno de los mayores, como respuesta, me dijo: “Lo hemos llamado, porque confiamos en usted, desde que le oímos la historia de cómo los indígenas de la montaña lograron el reconocimiento de nuestros derechos; por eso, queremos pedirle a usted que, por favor, mañana les cuente a los jóvenes la historia que nosotros le hemos contado”. Otra vez quedé desconcertado, pero, de inmediato, me explicaron, diciendo: “Es bueno que usted, que viene de lejos, tiene experiencia, conoce y respeta a los indígenas, les cuente y les diga por qué, para el conocimiento tradicional, es importante aprender a comer; si eso no se aprende, nuestro pueblo y la misma selva se van a debilitar hasta morir. Pero, cuando nosotros lo decimos, ellos creen que el conocimiento nuestro ya no sirve; en cambio, a usted sí lo van a oír, porque con usted podrán entender que nuestro conocimiento sirve para cuidar la vida y, por eso, ha servido y servirá ahora y siempre”.

Atendiendo su petición, lo hice y fue increíble el entusiasmo y el interés de muchachas y muchachos. Conversamos sobre lo valioso y útil del cono-

cimiento tradicional, útil para su pueblo, para la selva, para la Madre Tierra y para la vida del mundo. Algunos de ellos expresaron su deseo de aprender con sus mayores el conocimiento tradicional, para poder compartir dones con la selva, con su gente y con los seres que la habitan, en beneficio de la Tierra y la humanidad.

Por mi parte, la lección que aprendí de esa maravillosa experiencia es muy concreta y creo que lo es para todos nosotros, aquí y ahora. Se resume en tres palabras: no sabemos comer, y si no sabemos comer, tampoco sabemos vivir. Nos han acostumbrado a comer cualquier cosa: no sabemos de dónde viene el agua que tomamos, ni el alimento que consumimos; en muchos casos, el alimento ya no sale de nuestros propios cultivos; nos toca ir a comprarlo, lo hacemos de acuerdo a la capacidad económica: unos los compran en supermercados elegantes, otros en las plazas públicas o en la calle, pero nadie se preocupa por saber quiénes y cómo lo cultivaron, de dónde viene o si tiene agregados nocivos para la salud; en fin, de nada de eso se ocupa la gente hoy y tampoco la escuela. No sabemos comer, tampoco respirar; si lo supiéramos, cuidaríamos el aire que inhalamos debido al intercambio recíproco que realizamos con los árboles, los que se reproducen y caminan por los pájaros y, por ese camino, comprenderíamos que la vida es una red de relaciones de intercambio en reciprocidad. Realmente, creo que no sabemos vivir...

Esto lleva a pensar que Educar empieza por aprender a cultivar, para aprender a cuidar, re-conocer y compartir el maravilloso tejido de la vida. Y eso implica aprender a descifrar el Territorio Ancestral, visto como la gran chagra de comunidades humanas y no humanas, construida y cultivada por la sabiduría y el trabajo de los ancestros a lo largo de los siglos, para que todos los seres vivos que la habitan pudieran compartirla, cuidando la vida mediante relaciones de permanente intercambio y reciprocidad, creando y recreando a lo largo del tiempo un tejido vivo y dinámico conectado con el cosmos.

El territorio guarda esa memoria y conocimiento ancestral que es urgente recuperar con los niños, cultivando, conversando, observando, caminando, dibujando, narrando historias, mitos y leyendas, recreando la palabra de consejo de los mayores. La Educación tendrá que ser producto del esfuerzo compartido para aprender a vivir en este difícil tiempo que nos ha tocado, de tal modo que, con lo nuevamente aprendido y recreado, se pueda renacer

en un renovado Territorio Ancestral con las nuevas generaciones para, con amor, participar del universo. No será de un día para otro, pero, si logramos aprender, creo que en diez o quince años, cuando esos niños sean jóvenes y sus padres y maestros abuelos, una nueva vida habrá germinado, empezando a re-crear el territorio, el cuerpo y la mente de la feliz común-unidad renaciente.

Importante señalar, para terminar, que los procesos de aprendizaje inspirado en sabidurías ancestrales son fundamentales hoy a nivel global. Indispensables en el mundo para garantizar los derechos colectivos y del ambiente, derechos también llamados de tercera generación. Derechos que se han proclamado recientemente en el mundo y están en nuestra Constitución, para enfrentar los graves problemas ecológicos y ambientales que, como el calentamiento global, están poniendo en peligro, ante todo, la vida de las nuevas generaciones, es decir, de nuestros hijos y nietos. De ahí que se pueda decir que aprender a ejercerlos equivale a aprender a proteger la vida y, para ese propósito, nada más adecuado y pertinente que recuperar las sabidurías ancestrales que lo han hecho alrededor del mundo en el curso de los siglos.

Los derechos colectivos y del ambiente no son nuevos para las culturas ancestrales, aunque nunca los llamaron así. En la práctica de su vida cotidiana, los protegieron mediante las relaciones de intercambio orgánico en reciprocidad, que construyeron, en distintos territorios con la naturaleza y con el cosmos. La cultura occidental, en cambio, apenas los está reconociendo, pero su manera de explotar, producir y consumir, les impide hacerlos realidad; en la práctica, por el contrario, con la explotación desmedida que realizan para mantener su estilo de vida, están matando a la Madre Tierra.

Cuando en Occidente se reconoce un problema, se promulga una ley, pero las leyes, por sí mismas, no acaban con los problemas, los enmascaran. Si no fuera así, la Constitución de 1991 ya nos tendría en el paraíso. La verdad es que educar para hacer efectivos los derechos colectivos, de la naturaleza y el ambiente, es una tarea que la cultura occidental no puede asumir: reconoce el problema, pero su modelo de desarrollo y su adicción al consumo termina llevándola a considerar que los derechos colectivos y del ambiente son un obstáculo al progreso, porque impiden la explotación de los recursos naturales, sin los cuales ese modelo, con su estilo de vida, no puede existir. Es clara la

contradicción entre lo que se dice y proclama y lo que se hace. Sus prácticas contaminan aire, suelo y agua y, para completar la contradicción, educan para competir; es decir, en contra de la solidaridad, el respeto y el apoyo mutuo, que son la base de los derechos colectivos y del ambiente.

En nuestro país, el modelo de desarrollo, el conflicto armado, la politiquería y la corrupción, vulneran y contradicen aún más los derechos colectivos y del ambiente consagrados en la Constitución. Nuestro mayor problema es la falta de respeto por la vida. La guerra y la ambición de dominio han desplazado de sus tierras a millones de campesinos, indígenas y afro-raizales y le abrieron las puertas al narcotráfico, con base en propagación de monocultivos de coca, que profanan el uso y el manejo de la coca, planta sagrada de muchos pueblos indígenas, sometiénola al cautiverio, fumigándola con agro-tóxicos que dañan el suelo y contaminan el agua; desplazando, también, el cultivo de alimentos; es decir, vulnerando por completo los derechos colectivos y del ambiente, amenazando gravemente la vida de las nuevas generaciones y de la naturaleza.

La vulneración sistemática de los derechos colectivos y del ambiente nos vuelve a mostrar que se necesita urgentemente una educación para aprender a vivir y renacer. Y los pueblos indígenas son los que mejor pueden hacerlo, siempre y cuando que no se pretenda seguir la huella de Occidente, que consiste en decir o afirmar una cosa para hacer todo lo contrario, lo que equivale a auto-engañarse. Por eso, creo que es tan importante cultivar para tomar el alma y el camino del renacimiento, porque quien cultiva la tierra, se cultiva a sí mismo y no se engaña. En los tiempos que corren, quien en la práctica no labora por el cuidado de la vida no tiene derecho a hablar. Se deben emprender nuevos caminos siguiendo la huella de los ante-pasados. Caminar, conversar y dibujar lo recorrido con base en lo conversado entre maestros, niños y mayores, para transformar las jornadas educativas; salir de las cuatro paredes de la escuela en busca del tiempo perdido, de la sabiduría olvidada que el territorio guarda y comenzar, desde ahora, el proceso vivencial y solidario de aprender a vivir para renacer.

REFERENCIAS

Ospina, W. (2014). El país de la canela. Bogotá: Norma.

Mamián, D. (2013). Experiencias Investigativas y Acción Política en los Andes Septentrionales. Andes Septentrionales y Academia: discusiones sobre tejido regional. Foro organizado por Universidad Crítica, con el apoyo del programa de Antropología de la Universidad Externado de Colombia, Bogotá.

Barrow, J. y Tipler, F. (1986). The Anthropic Cosmological Principle. Oxford: Oxford University Press.